

RECONOZCO que, a primera impresión, pudiera parecer un capricho. Y no estaría injustificado que por muchos fuese calificado de extraño; pero el caso es que quise pasar la Nochebuena en el manicomio del lugar. Muchas razones podrían aducirse para intentar encontrar los motivos; pero no creo necesario explicarlas todas. El caso es que el día antes, valiéndome de amistad y condescendencia del director, ingresé en el manicomio y entré como un asilado más en la sala de Comunes. Era una tarde gris, y en ese instante en que se espera, de un momento a otro, ver encenderse luces. Apenas divisé, al llegar a mi destino, en la larga y espaciosa sala, la hilera de camas, y menos aún los cuerpos que en ellas estaban. Ayudaba a equivocarse la visión que no todas cobijaban al enfermo bajo las sábanas, porque muchos asilados esperaban la hora de la cena en una habitación anterior al dormitorio. Llegué a mi sitio. La cama tenía el número 34. Me desnudé solo. Un loquero que vigilaba desde la puerta no debió crearme peligroso, ya que apenas miró. Debí de influir en su actitud el hecho de que me viera llegar acompañado del practicante, y al no hacerle ésto ninguna advertencia, se consideró libre de prestarme ayuda...

Por  
MANUEL  
SANCHEZ-CAMARGO  
—  
Ilustración  
de  
CHAUSA

No lejos del dormitorio se oía un lejano chocar de cucharas y, de vez en vez, algún grito suelto que no tenía réplica. Al pasar a ocupar mi cama, me fijé en el comedor. Recordaba con fijeza extraña que las cucharas estaban torcidas, llenas de abolladuras, y en ellas apenas debía de haber la sopa, que resbalaba por la superficie desigual. No vi tenedores ni cuchillos. No hacía falta, ya que la comida del manicomio siempre tenía abundante caldo. Era medida de precaución.

El ruido lejano de la cena me hizo bien, sentí sensación de hogar, y hasta me tranquilizó de no sé qué inquietudes. Miré a los lados. A mi derecha, vuelto de espaldas, estaba un viejo. Hablaba con el enfermo de la cama próxima, y contaba en voz muy baja una historia fantástica de la que sólo pude oír bien, como una cantinela, estas palabras:

—Créame; no he comido nunca, nunca...

Incorporándome, pude ver al oyente. Era un chico joven con los ojos grandes, extraviados, muy blanco y delgado de facciones. Me chocó que en la cama llevara puesta una visera que hacía su rostro más flaco y hundido aún. No decía palabra. Se limitaba a escuchar con ojos desorbitados el relato del viejo, quien seguía incansable asegurando:

—No he comido nunca, créame. No sé cómo puedo vivir...

A mi izquierda, la cama estaba vacía; pero no tardó en ser ocupada. Me lo advirtió el ruido monótono de los pasos iguales y arrastrados de los asilados que regresaban del comedor. A pesar de ir juntos, ofrecían la sensación de estar tan lejanos como si fuesen antipodas. Muchos llevaban años y años unidos, y entre ellos no se adivinaba una señal de amistad siquiera animal superior a su misma locura. Es más: se podría asegurar que parecían odiarse y huirse entre sí, como si la misma desgracia les hiciera hostiles unos a otros. A mi cama llegó el enfermo número 35. Era un hombre de edad incierta. Podría tener de cuarenta a cincuenta años. Conocía su caso por referencias del Director. Sabía que había sido en la vida ingeniero ilustre, y que había matado a su mujer arrojándola por un balcón. Llegó a su cama y, al verme, me saludó:

—¿Qué hay, amigo? Me alegro mucho de conocerle. Soy ingeniero de mucha fama: el puente Z y el acueducto F los hice yo. Ya lo sabrá por los periódicos.

Le contesté que sí, que evidentemente estaba enterado por la prensa de sus continuos éxitos. Lo agradeció con una mueca de su boca desdentada, por la que caía continuamente un hilillo de baba.

Siguió hablando y, observando que le escuchaba, fué animándose, refiriéndome pequeñas incidencias de la cena, hasta que, con gesto de decirme un secreto, me anunció:

—Ahora va usted a saber por qué la maté.

Y echando la cabeza fuera del lecho, acercando la boca mucho a mí, hizo relato de una tragedia matrimonial que recuerdo que comenzaba así: "Había que matarla; no había otro remedio. Lo supe desde el día que la conocí. Fué en una casa antigua de una provincia marinera. Estaba ella junto a un balcón, y al llegar yo, volvió el rostro

sorprendida. Nos presentaron, y mi primera sensación fué la de que tenía que matarla..." La relación continuó reiterativa, insistiendo en los detalles de su matrimonio, hasta llegar al día fatal...

Le interrumpió el vigilante, que, acercándose, nos advirtió:

—Ahora, todo el mundo callado, y a dormir.

El silencio duró escaso tiempo. Cuando empezaba a quedarme dormido, del fondo de la sala surgió una voz que gritaba:

—¡Apartarme estos bichos! ¡Mirad cómo me agarran! ¿No lo veis? Venid, ¡por favor!

Los gritos se repitieron sin que nadie acudiese a la demanda. De pronto cesaron. Ninguno de los enfermos protestó. Y así, al compás de las respiraciones perdidas en la noche con un paso triste, llegó la mañana. Era el día de Nochebuena.

Trascurrida una hora, los loqueros nos condujeron a un patio triste, desigual. Sobre la piedra agrietada y cenicienta, las manchas de la humedad se extendían hasta interrumpirse en las ventenas, estrechas y guardadas con rejas. Los asilados andaban sin rumbo, presos, y alguno se paseaba con las muñecas cogidas en unas esposas que mantenían las manos sujetas a un cinturón. Las figuras humanas vestidas con raídos trajes o abrigos antiguos deshilachados iban anhelantes de un lado a otro, como buscando algo perdido. Pocos hablaban. Los loqueros, de vez en cuando, asomaban la cabeza por una puerta de azules cristales. Tenían orden de hacer entrar a los locos, después de cierto tiempo, a una habitación que tenía una estufa; pero tardaban en cumplirla siempre. Decían, como una muletilla en la tradición del manicomio: "El frío les hace bien. Les "amarra" la cabeza."

Aquella noche era la Nochebuena. Lo anunciaban ya los cantos de los niños, que venían lejanos, como ruido de húmedos rodajes de carro de labor. Algún grito infantil, más hiriente, semejaba el intempestivo chirrido. La letra no se percibía bien. Se cantaba en el pueblo, de cuyo recinto estaba alejado el manicomio, y los cantantes debían de ser chiquillos correteando por los desmontes de las afueras. Varios iban "vestidos" de pobres máscaras. Las fiestas constituían buena oportunidad para ocultar la personalidad desde niños. El disfraz en ese pueblo para los pequeños consistiría en grandes tizones de carbón puestos por caras, manos y piernas. Los más afortunados puede ser que poseyeran hasta una estropeada careta de cartón.

Al mediodía, nos alineamos cerca de cincuenta enfermos en el comedor. Hacía un frío intenso, más acusado aún por los mosaicos verdes y blancos que llenaban las paredes hasta su mitad. Mis compañeros, los que yo elegí para pasar la Nochebuena, se apretaban en estrechos bancos de madera cercanos a la mesa. La mayoría escondían las manos rojizas, llenas de sabañones, en los rajados bolsillos de chaquetas y abrigos. Las cabezas rapadas ponían una nota gris poco agradable. Sobre las mesas se alineaban los platos de aluminio que habían sido propiedad de tantos mendigos y desgraciados que pasaron aquí años y años. En el registro figuraban abuelos, padres y nietos, y hubo caso en que la herencia se efectuó dentro del rito tradicional más rígido. El hijo, loco, heredó la misma cama de roja colcha, el número, el plato y la cuchara. Su padre no le pudo dejar más.

Los mozos tardaron en llegar con los calderos. Como alguno de los asilados gritase palabras ininteligibles, antes de empezar el reparto, uno de ellos prometió:

—¡Silencio...! Y a ver si coméis callados, porque esta noche tendréis cena extraordinaria. Ya sabéis que es Nochebuena, y habrá ¡hasta vino!...

Ninguno de los comensales se conmovió ante el anuncio de la fecha, ni ante la abundancia de manjares que se prometían sólo con mencionar el alcohol. El ruido de la comida comenzó monótono, y yo continué hasta que, a una palmada, nos levantamos en dirección a una sala destartada que llamaban de descanso. Sentados en el suelo, apodados en la pared o a pie firme, transcurrieron las horas de la tarde. Yo me escabullí unos momentos a poder entrar en el dormitorio. Existía el mismo silencio. Solamente lo interrumpió un hombre demacrado que, incorporado en la cama, al verme, llamó:

—Venga aquí, hombre, venga aquí. Me duele el costado mucho...

Mientras hablaba, sacaba un brazo largo, esquelético, y se señalaba el costado derecho.

A las siete de la tarde empezaron los ruidos precursores de la cena. Los mozos tenían el rostro más alegre y hablaban entre ellos de lo bien que pasarían aquella noche en las cocinas. Se comprometían a colocarse al lado de las criadas de su gusto, a respetarse los sitios, y grandes risotadas ponían acento lujurioso al comentario procaz... Su rara amabilidad llegó a tanto, que uno de ellos hasta ayudó a sentarse a un miserable viejo que arrastraba los pies y que miraba asustado a los lados; otro, para no ser menos, se acercó a la sala donde un pobre enfermo, en cucullas junto a la pared, dirigía los ojos fijamente al rincón ante el cual se había situado. Ni siquiera movió una pestaña cuando el mozo le tocó el hombro y le señaló el plato que puso en el suelo... Estaba en último período. Moriría pronto, y ya no era dueño de controlar ni su fisiología.

La comida de Nochebuena consistió en sopa con pilachas de carne, y más carne con patatas muy abundantes, un vaso de vino, fruta y dulce de membrillo. Algunos extrañaron el segundo plato, no se atrevían a comerlo. Los enfermos de idioma parecían ser los más agradecidos. Con ellos también compartían el regalo los más nerviosos y habladores, pero cuyas palabras siempre estaban encerradas en ritmo de salaró.

Tras la cena, los mozos repartieron dos cigarrillos a cada asilado. Eran cogidos ávidamente. Fué el único momento que un aliento humano pareció mover a aquellos seres. Unos los partían por la mitad; otros intentaban aumentar su ración con nuevas e inútiles peticiones. Los mozos desposaron entre risas a los castigados a esposas. A uno, joven fuerte, tuvieron que atarle nuevamente, porque cuando se sintió libre empezó a dar puñetazos contra los loqueros. Otra vez atado, miró fijamente todos y marchó con gesto hierático hacia el sitio más apartado. Un hilillo de sangre le corría hasta llegar al labio, allí se desviaba para perderse en el suelo. Parecía justamente un cordón.

Fumé gozoso el tabaco que llegaba como un regalo. Al terminar el segundo cigarrillo, oí nueve campanadas en el reloj de la capilla. Los enfermos comenzaron los avisos. Con urgencia. Tenían que acostarnos, y el servicio había que cumplirlo. Les acuciaba lógica prisa por vernos en el

Nochebuena  
en el  
Manicomio

dormitorio. Nos empujaban acompañando la acción con palabras amables:

—Ahora a dormir tranquilos, que para eso habéis tenido banquete...

Loqueros y mozos penetraron en el dormitorio. Uno de ellos se acercó a una cama situada no muy lejos de la mía. El enfermo que en ella estaba no acusaba movimiento. Se dibujaba su esqueleto bajo los pliegues de la ropa. El mozo le zarandeó el cuerpo, luego sacudió su cabeza y, fijándose mucho en su rostro, llamó a un compañero:

—Cecilio, acércate.

El así llamado, interrumpiendo su trabajo, se acercó presuroso. Hablaron en voz baja y, subiendo juntos el embozo de la cama sobre el rostro inmóvil que se adivinaba, marcharon cuchicheando. Solamente llegó hasta mis oídos una frase que nada decía y lo explicaba todo:

—Al fin y al cabo es igual mañana...

La luz tenue y amarilla repartió por la larga sala sombras fantásticas. Mi compañero de la derecha me miró estúpidamente, como si acabaran de constituir mis facciones una gran sorpresa para él. Cuando se fijó que yo le miraba también, volvió la cabeza al otro lado. Le oí murmurar:

—Nadie lo sabrá, nadie, nadie... Tenía que ser como fué. Cien veces...

El mismo silencio de la noche anterior, dominó en el dormitorio, y con la mirada puesta en la bombilla, pensando simplemente a qué causa obedecería que la luz fuese tan tristemente amarilla, procurando pensar insistentemente en ello, dejé que el tiempo pasase... Y pasó. Pasaron los ruidos de instrumentos baratos, que conforme transcurrían las horas se hacían mayores; pasaron las lejanas risas de los mozos y loqueros que se festejaban con las criadas en las cocinas, y llegó la mañana. La Nochebuena había también pasado.

